

al ejército libertador con la escarapela de Buenos Aires, que cambió después con la peruana cuando este ejército empezó a levantarse. Jamás sirvió a Colombia. (3)

A propósito de D. Francisco Salazar, bueno será que indiquemos quién fue este personaje, y los servicios que prestó a la causa de la independencia. Los Salazares fueron tres hermanos varones y dos mujeres. D. Andrés, patriota, jefe de la familia, y que daba cuanto tenía a su hermano, gastó también por la patria. Don Francisco a quien a su regreso de España lo obligaron los españoles a servir, fue nombrado últimamente comandante de las costas, con residencia en Chorrillos. Allí sabía cómo se dirigía la correspondencia a Cochrane y a San Martín; le hablaron los primeros que mandaron correspondencia, y se contentaba con encargar que lo hiciesen con cautela, circunspección y secreto. Fue tal su confianza para con el autor de estos renglones, que cuando don Andrés Santa Cruz le fue mandado como ayudante, me dijo, que nos fuésemos con tiento, que desconfiásemos de su nuevo ayudante, que de oficio, y sin pedirlo, se había nombrado, y jamás hizo cosa que no fuese de un patriota y de un buen americano. Fue el tercero don Juan Salazar, Ministro de la Guerra en tiempo de Bolívar y don José de La Mar y de don Manuel Salazar y Baquijano. Limeños fueron estos hermanos que sirvieron y gastaron y nada cobraron, y no fueron de los que deseaban la Independencia por tener empleos.

## ANOTACION VII

### *Batallón "Numancia".*

Cuando el General San Martín desembarcó en Pisco, recibió las comunicaciones de los patriotas y se encontró con la plausible noticia de tener a su disposición el mejor batallón español por su disciplina, por su número y porque acostumbrado a largas y penosas marchas, tenía facilidad para marchar y moverse. Era de la mayor confianza del Virrey y de los generales enemigos. Su coronel

3. Escribió don Mariano su obra con tanta ligereza, que nada investigó. Supone que don Martín Herrero, español, fue colombiano, que el Coronel Bermúdez, también español, fue argentino; y así lo escribe en la página, 128. Bermúdez y Caparros fueron españoles, y ambos abandonaron las banderas patriotas y se pasaron a los enemigos.

don Ruperto Delgado lo abonaba, porque tenía muy experimentada a la tropa y muy conocidos a los oficiales. La mayoría era de americanos; pero de éstos, sólo tres eran capitanes: Heres, muy godo; Febres Cordero de la misma opinión y Lucena, por quien Delgado abogó, cuando se le dijo que ya estaba ganado para la patria. Entre los subalternos se contaban como patriotas Dabauza, Izquierdo, Alcina, Alzuru, La-Madrid, Guas, González, Campos y otros cuyos nombres he olvidado. El Virrey agregó a este cuerpo a don Ramón Herrera, muy realista y al peruano Allende, hoy general. Era mayor un venezolano Ortega, a quien consiguió Riva Agüero ganar a la causa de la patria; Cerdeña era otro capitán también muy godo.

En la clase de sargentos y de soldados se encontraban varios patriotas prisioneros tomados por los españoles en batalla que ganaron al General Nariño. Entre éstos se contaban un Geraldino que murió ahora pocos años en Bolivia, y que llegó a la clase de general. Bustamante que murió al servicio del Perú y también de general; Cuervo, que falleció en Bolivia en la clase de comandante del ejército colombiano; Pedro Torres que vive, coronel al servicio del Perú; otro Torres que pasado a San Martín y tomado prisionero en las inmediaciones de Pasco, fue fusilado inmediatamente antes de la batalla que les diera y ganara el General Arenales; un cuzqueño Tejada que murió ahora poco de coronel, y otros que no me es fácil recordar.

Los patriotas conocíamos que el concurso de los últimos no era bastante para dar el golpe y no podíamos hacer nada con los primeros, de quienes desconfiábamos. Pero la Providencia nos preparó un capitán por un medio eficaz y precioso. Este fue el capitán Lucena, con quien nos puso en contacto una joven. Lucena nos proporcionó relaciones con los subalternos mencionados que no conocíamos. El capitán Lucena pretendió a una señorita con quien quería casarse, y ésta, insigne patriota, le contestó que ella jamás se casaría con un godo; que hiciese algo por su patria y que entonces le daría su mano. Bastó esto para que Lucena, de godo insufrible, se convirtiese en ardiente patriota. Buscó a los que se le indicaron y tocó con el que esta relación escribe, y entonces se formó el plan de pasarse y se convino en el que fue comunicado a San Martín.

Al contestar éste indicó que el batallón podía dar días de gloria a la América, o atacando al Virrey en su palacio y haciéndolo-



lo prisionero, u ocupando los castillos. Lo primero era riesgoso, inverificable e inútil. Guarnecían la ciudad no sólo "Numancia", sino también otros batallones españoles. El palacio tenía dentro bastante fuerza de alabarderos, caballería e infantería, y con sólo cerrar las puertas, "Numancia" era perdido, sin prestar el servicio más pequeño a la patria.

Habría tenido que rendirse o dispersarse cuando no hubiese sido batido por los otros cuerpos en las calles. Así este plan fue rechazado y desconsiderado. El de atacar a los castillos ocupándolos por una sorpresa, tampoco era realizable. La guarnición pasaba de dos mil hombres, siendo uno de los batallones el de "Burgos", compuesto de españoles, y el otro de americanos, al mando de Rodil. Había mucha vigilancia y siempre oficiales en la muralla, y al ver marchar un batallón que no esperaban, habrían bajado el puente levadizo e impedido la sorpresa. El asalto sin escalas y con tan desproporcionada fuerza era imposible. Lo sostenían sin embargo López Aldana y Campino, porque así lo pedía San Martín; y lo creyeron después factible por el engaño de Santaya, de que yo daré después una muy ligera idea, cuando me contraiga a lo que sobre el particular refiere el autor.

Riva Agüero quería que el batallón se sublevase en su acantonamiento, que marchase para la sierra y que fuese por Huarochirí en demanda de la división Arenales. Menos aventurado y menos expuesto este plan, eran grandes y terribles los riesgos a que lo exponíamos, y por esto no lo admitimos los carolinos. Si lograba el batallón llegar a la sierra y salir de Huarochirí, era muy posible y casi seguro que sería batido por los que saliesen de Lima y por los otros cuerpos españoles que por los avisos que recibieran pusiesen en marcha para que los persiguiesen y los buscasen para batirlos. La división Arenales corría mil riesgos, y los patriotas temblábamos por ello. Iba a describir una curva de Ica a Ayacucho, Valle de Jauja, Tarma, Pasco, Cajatambo, y descender por allí a Huacho. ¿Y qué eran setecientos hombres sin movilidad, sin recursos, rodeados por todas partes de enemigos y cuando les debía ser retirado todo auxilio? Los riesgos eran grandes, las probabilidades todas a favor de los enemigos, y el desaliento nos abrumaba. El padre Carrión, del Oratorio, era el que más temblaba; un día le oímos decir: "para el buen éxito de esa expedición es preciso que los soldados tengan alas. Van a pasar por países muy cortados, por serranías escarpadas, a carecer de recursos y hasta de alimentos; porque todo



lo quitarán los españoles, y en una quebrada, en un mal paso pueden ser destruidos". Pero ninguno de estos fundados temores se realizó; y Arenales recorrió grandes distancias con un puñado de hombres, rodeado de enemigos y batió a O'Relly, el primero y único que se le acercó y con su triunfo infundió a los enemigos gran desaliento. Escrito estuvo en el libro del destino que el Perú había de ser independiente y la expedición no fracasó. Los enemigos ignoraban la marcha de Arenales, su fuerza y sus planes, mientras que éste todo lo sabía. Los peruanos le daban cuantas noticias podían interesarle, le proporcionaban recursos y su marcha fue en todas partes seguida de ovaciones. El segundo plan que sostenía Riva Agüero no fue seguido por lo expuesto. La marcha, además, no podía tampoco ser precipitada; había necesidad de buscar municiones para que llevase el batallón y entonces había que hacer los cartuchos, pues los patriotas no estábamos todavía en relaciones con un sargento español, que tenía entrada en los almacenes del cuartel de artillería cuyas llaves creo que tenía, y que nos vendía los cajones que necesitábamos, pagándolos como quería el vendedor.

A propósito de la marcha de Arenales, referiré un hecho que bien merece un lugar en estas anotaciones. Al embarcarse San Martín para Huacho, y al marchar Arenales para la sierra con su fuerza, empezaron los enemigos a levantar la cabeza. Un español nombrado Urías, escribió por un propio dirigido a Pisco a otro español, Quintana, dándole noticia de todo y de los pasos de los patriotas, para que los enemigos nuestros, sus paisanos, lo supiesen. Quintana mandó el propio a Lima con las cartas de Urías, de D. Juan José Salas, que se mostraba arrepentido de haber recibido comisión de San Martín, del propio Quintana y de otros. Al entrar el correo por la portada de Cocharcas, se encontró con un pariente que vivía por las inmediateces. Entablada por éste conversación sobre el objeto del viaje supo que traía pliegos para el Virrey. Patriota el vecino de Lima, persuadió a su pariente que hacía mal en servir a los enemigos, lo agasajó, y consiguió que llevase las cartas a D. Juan Bautista Bolívar, colegial entonces del Convictorio, y que prometiese seguir el consejo que éste le diera. Patriota, Bolívar, y oriundo de Ica, obtuvo que el propio quedase en Lima, mudándose el nombre, lo colocó en casa de patriotas y logró que entregase al autor de estas notas la correspondencia, que abierta y



leída fue mandada a San Martín para su conocimiento. (4)

El plan de que "Numancia" se pasase al ejército libertador, fue pues el que se adoptó, y si no pudo ser en Chorrillos, lo ejecutaron y realizaron en Chancay.

La antevíspera de que los buques de la escuadra se presentasen en la bahía indicada, fueron sorprendidos y llevados al Callao siete de los oficiales subalternos comprometidos, cuya falta fue irrepara-

4. Al hablar el autor de Salas dice en la pág. 126: "Ica y su gobernador D. Juan José Salas se manifestaron hostiles a la causa de la "Libertad", y contribuyeron a la retirada de Aldao y sus desastres consiguientes". (g) Yo he referido lo que hubo sobre Salas, y me explicaré ahora más claro. Este iqueño no fue godo ni patriota, fue de aquellos que van con la gente por donde sopla el viento, y de quienes con gracia escribía Arriaga:

Pero hombre, todo no ha de ser Numancia;

La constancia es virtud, pero algo rancia:

Yo en este género de esgrima

Me pongo al lado del que cae encima.

El Dios de Salas fue la plata, a la que lo sacrificaba todo; pero no para guardarla, sino para gastarla; y habría gastado el valor de lo que más quería, si el objeto de su cariño hubiese sido vendible.

Conocían muy bien la parte flaca de Salas, Urías y demás españoles vecinos de Ica, y conociéndolo trataron de ganárselo, pintándole los riesgos que corría y a que se exponía siguiendo una empresa temeraria; mientras que vendiendo la patria, lograría cuanto quisiera del Virrey y de todos los españoles. Importaba a los realistas ganarse a Salas, porque siendo él gobernador de la provincia nombrado por San Martín, suponían que debía estar instruido de los planes de campaña, o al menos esperaban sacarlos de las instrucciones que se le habían dado. Por esto se valieron del temor y del interés; y de un hombre sin carácter, voluptuoso, esclavo de los placeres e indiferente a todo lo que no fuese su interés, no les fue difícil conseguir lo que se proponían. Obtuvieron, pues, que traicionase la causa, y que escribiese la carta que se le interceptó.

Pero ni los españoles ni Salas eran Ica, aunque componían una escasa parte de esa población rica y propietaria. El resto de la población fue de patriotas fieles y prontos a sacrificarse por la patria. Hubo también algunos ricos que secundaron los planes de la independencia, como fueron el Dr. Cabrera, los Donaires, los Bolívar, Sambranos, Rosas y otros a quienes conocí y cuyas opiniones y servicios me constan. Ica no fue contraria a la causa de la libertad, no fue goda, no hostilizó a los patriotas. Los españoles, el marqués de Campo-Ameno y el marqués de Monte-Blanco, que se metieron en la ciudad, no son Ica. Los habitantes de la provincia hicieron en pequeño lo que Lima en grande.

[(g) La transcripción es casi literal.]

ble en esos momentos; y nada se hizo. Difícil sería comprender lo delicado de la posición de los agentes principales de ese plan, y era preciso, a toda costa, salvar a los presos, y hacerlo antes que alguno tuviese la debilidad de confesar lo que sabía cuando fuese interrogado. Los patriotas no desmayaron y se arrojaron en la obra sin calcular las dificultades y los riesgos. Era sargento del batallón de Rodil un mulato nombrado Portocarrero, hermano de otro Portocarrero arrendatario de la huerta nombrada Matamandinga, que está a la salida de la portada de Guadalupe. Hombres ambos de inteligencia, de valor a toda prueba y de un arrojo que rayaba en temeridad, se decidieron a salvar al cuerpo que debía dar un gran día al Perú uniéndose a los independientes. El hermano de Lima buscó al militar del Callao, le habló de su plan y éste lo allanó todo. En la noche convenida se tuvieron listos dieciocho caballos que se necesitaban para los siete centinelas de los presos, para el de la prevención, para los siete oficiales presos, y para tres más con quienes se tuvo que contar. El golpe no fue dado en vano, los oficiales salvaron y salvaron los que con ellos salieron de los castillos. Algunos escaparon con sus fusiles y tuve necesidad de hacerles entender que en esa noche entregasen las armas y tuviesen la precaución de sacar de la huerta los caballos y las monturas. De otro modo, todo habría sido perdido. Lo que acaeció después y que fue previsto, lo prueba.

El jefe de la empresa fue para los españoles el sargento Portocarrero, y creyeron que en la huerta del hermano lo encontrarían y con él a algunos de los centinelas desertores. Rodear, sorprender y registrar la huerta fue el plan que estuvo previsto. Antes de que se realizase y de que llegasen los enemigos, ya estuvo sabido por uno que velaba en los techos de la casa y que dio el aviso. Los ocultados se metieron bajo la alcantarilla de la acequia que atraviesa el camino de Chorrillos, de Cabezas para Santa Beatriz. Los cuerpos de tantos hombres acumulados en la acequia, causaron un atajo y una represa de agua que hizo daños en el primer fundo. Nosotros no lo supimos hasta después, y desconocimos el riesgo que corrieron los asilados. Los españoles o ignoraban los daños del atajo o si lo supieron no maliciaron la causa que pudo producirlo. Lo cierto es que retirada la fuerza que rodeó y registró la huerta, sin encontrar hombres ni indicios, volvieron todos a su escondite, de donde salieron la noche siguiente, en que fueron trasladados a la casa de Flores nombrada del Dean, cerca de Juan



Simón, y de allí a otros puntos. Todos ellos salieron de la ciudad y se unieron al Ejército Libertador, habiendo los numantinos sido incorporados en sus puestos.

Malogrado el movimiento, no se desanimaron los patriotas y continuaron sus trabajos; y habiendo necesidad de ganar más oficiales, el arrojo y valentía de D. Joaquín Paredes proporcionó uno que fue decisivo. La casualidad hizo que el autor de estas noticias presenciase el lance. Paredes no era padre del Oratorio como lo sostiene Paz Soldán. Tampoco lo era el Dr. Mariano José de Arce. El primero fue cura en el obispado de Quito, su patria. Buen americano, se comprometió en la revolución del año de 10, y sofocada ésta tuvo que fugar y que asilarse en esta ciudad, en la que permaneció sin ser molestado. El segundo fue arequipeño, se comprometió en la revolución de Pumacahua y terminada y sofocada se ocultó en Camaná. Tomado allí preso, cuando el primer furor había calmado, fue remitido a esta capital y puesto en el convento de San Pedro que era la cárcel de los clérigos. En esta casa encontró patriotas, se hizo de amigos, y unos versos que escribió a Da. Ramona Abascal, hija del Virrey, le valieron salir de la prisión y que fuese a vivir con Paredes. No tenían criados y su casa era lo más aparente para esconder a los perseguidos. Uno de éstos, D. Rafael Cuervo, fue puesto por el que esto escribe en casa de Paredes, y se encontró con ellos cuando tocó la puerta de la calle, que siempre estaba cerrada, el capitán numantino Don Tomás Heres. Entrados Cuervo y yo a un cuarto inmediato, oímos ambos la conversación habida entre el militar y el patriota. Procuraré relatar el diálogo y usar de los propios términos de los interlocutores y de las metáforas que usaba Paredes en sus conversaciones.

Militar— Mi Abatucho (este dictado le aplicaba siempre a Paredes cuando hablaba con él) el batallón está movido, hay quienes lo seducen, trato de imponerme de todo, e impuesto, lo comunicaré al coronel Delgado para que ponga remedio.

Paisano— Hará U. muy mal, se dañará U., no será posible a sus amigos salvarlo. Los españoles están muy mal parados.

Mil.— U. se equivoca; los mal parados son los patriotas, los insurgentes; a San Martín no le queda otro medio de salvación que regresar a Chile; y en Chile lo buscaremos, y lo arrojaremos al otro lado de la Cordillera, y sucumbirán las provincias del Río de la Plata.

P.— ¡Qué delirios! ¡Qué insensatez! ¡Cuánto engaño! Sepa U. que no sólo “Numancia”, sino todo el ejército está minado; que muchos oficiales están comprometidos y que la tropa disgustada no peleará.

Mil.— ¿Y los soldados españoles? Ellos se batirán y solos vencerán.

P.— ¿Y ha olvidado U. el lance de “Extremadura”? ¿Y este batallón español no se sublevó? ¿Y qué habría sucedido entonces, si por trabajos anticipados, como los de ahora, los otros cuerpos hubiesen estado preparados? Desengáñese U., el gran día de Pascua de la América se acerca, en ese día cantaremos *Hosanna* y es preciso que U. la cante también. U. tiene la camisa muy sucia; lávela y meta el hombro para el triunfo, en vez de denunciarlo; y sepa que yo mismo tengo parte en los pasos que se dan, y que los da también su amigo don Fernando López Aldana.

Mil.— Permítame Abatucho que le diga que lo dudo, que no lo creo.

P.— ¿Quiere cerciorarse de ello? ¿Quiere U. oírlo de su boca? Pues bien, venga conmigo y oigamos.

Mil.— ¡Si fuera así! ¡Si hombres de juicio y de peso quisieran unánimes la independencia, yo la querría también!

El resultado fue que Heres y Paredes se salieron juntos y se fueron en demanda de López Aldana. Como Paredes me dejó encerrado, yo tuve que aguardar su regreso. Estaba admirado, no sabía lo que me pasaba, creía que soñaba. Admiraba el arrojo de Paredes, franqueándose así en globo y descubriendo nuestros planes a un capitán cuyos antecedentes eran todos de un acérrimo enemigo de la independencia, que acababa de desaprobare la revolución y que amenazaba denunciarla. No podía comprender el cambio de Heres y me inclinaba a creer que se proponía descubrirlos, cerciorarse de ellos y después denunciarlos. Era yo joven y desconocía lo que influía sobre el corazón humano la ambición, el deseo de engrandecerse y cómo los hombres todo lo posponen a las miras ambiciosas; y no podía concebir el repentino e inmotivado cambio de Heres.

Abismado en mis reflexiones, no oía, no atendía a lo que Cuervo me hablaba y estaba atolondrado, cuando Paredes regresó lleno de júbilo, loco de contento, asegurándome que Heres estaba



pronto a secundar los planes, a ponerse de acuerdo con los comprometidos. Me aseguró, que al siguiente día me buscaría el mismo Heres para que yo, que sabía sobre "Numancia" más que López Aldana y que Paredes, lo instruyese de todo. Me negué a la entrevista y protesté ocultar todo, protestando no saber nada, si los oficiales comprometidos no convenían en que se diese participación a Heres. En la noche busqué a Lucena, quien no puso la menor dificultad, pero yo le exigí que tomase el consentimiento del resto de los oficiales.

Avisado en la mañana del día siguiente de que podía comunicarlo lo que sabía, cuando fui buscado por Heres, le descubrí todo, le referí los pasos avanzados y le exigí que viese a Lucena. Con éste y con los otros oficiales tuvo Heres entrevista y conoció la disposición del batallón. Heres entonces marchó a Aznapuquio, cuartel general de los españoles, después de dejar en ésta asegurados sus papeles y equipaje y cumplió sus compromisos pasándose con el batallón al frente mismo de los enemigos de América. Tal fue el terror de éstos, tal su abatimiento, tanto influyó el paso alentando a los patriotas e infundiendo desconfianza en los españoles para con los americanos, que ya nos fue fácil llevar adelante el plan de seducción. Cuando el batallón "Numancia" llegó a Lima eran tropa y oficiales enemigos declarados, si se exceptuaban los pocos sargentos y soldados prisioneros que del banquillo, donde debieron ser fusilados, como ya otros lo habían sido, tuvieron que vestir la casaca de recluta. A Lima y a sus hijos se debió la conversión de este cuerpo.

Habían notado los vecinos de la calle de Guadalupe que los soldados acuartelados en el convento buscaban comestibles en una chingana, propia de Da. Carmen Guzmán, y calcularon que una cocina con un salón para que comiesen los cabos y sargentos, sería un lugar de reunión y también de seducción, y hablando sobre esto acordaron hacer que la Guzmán en la trastienda y en un gran corralón que existía en la trasera, estableciese una especie de fonda. La Guzmán era patriota y adoptó lo que se le propuso y habilitó el comedor y cocina y un cuarto para los oficiales con todos los útiles necesarios para que comiesen. Se le proporcionaron para esto los fondos.

En este local del que no podían recelar nada los jefes del cuerpo y de donde otros oficiales se hacían llevar la comida, local que mas bien fomentaron, se infundieron las ideas de Independen-

cia, de odio al Gobierno de la Metrópoli, de dignidad propia para formar nuevas naciones. Se exaltó a San Martín y a su ejército que vendría a libertarnos; y esas ideas se impregnaron en hombres vivos y activos y a quienes se hacía conocer que nada tenían que esperar de los españoles y mucho de los patriotas. Las hazañas de Bolívar pintadas con brillantes colores y exageradas por imaginaciones orientales les labraron mucho. Las mujeres fueron los mejores apóstoles y ellas vieron coronados sus esfuerzos.

Llegó a tanto el entusiasmo de la tropa que en dos o tres días temieron ser desarmados y estuvieron continuamente en acecho para salir en formación con sus fusiles y resistir todos, si se les quería quitar las armas. Trabajos tuvieron que emprender los patriotas, para quitarles tan fuerte impresión, que pudo comprometer los planes con tanto tezón meditados y con tanto trabajo preparados. Y a vista de estos hechos, de estos gastos de los limeños, Pardo, Prieto y Cía. no retractaron sus injustas y calumniosas aseveraciones.

La separación de este batallón de las filas enemigas y su incorporación al Ejército Libertador, los pasos dados para ganarlo, los desembolsos que se hicieron no fueron obra de San Martín, ni de Monteagudo, como lo afirma el autor. No lo fue tampoco la formación de las guerrillas, ni el armarlas y municionarlas; y referir lo que sobre esto ocurrió será materia de otra anotación.

A propósito de los oficiales que fueron de "Numancia" y que los españoles enrolaron en sus filas, dice López Aldana en comunicación a San Martín, que el señor Paz Soldán publica en la página 86: "que se hallaban escondidos y pasando mil trabajos; que no había sido posible embarcarlos en buques extranjeros". Todo esto es puro sueño del autor de la carta y aunque es verdad que corrían riesgos, no es cierto que pasasen trabajos. Los Torres fueron ocultos por las señoras Guislas y muy considerados en su escondite; Geraldino lo fue por el Dr. Concha; Bustamante y Cuervo por mí; y por Flores y un guayaquileño, Coello y los oficiales sacados de Casa-matas. Jamás se pensó en embarcarlos, sino que saliesen por tierra, como lo verificaron conduciéndolos Quiroz, que tan famoso guerrillero fue después.

Los españoles dieron orden de tomar vivo o muerto al capitán Febres Cordero, y la noticia de esta bárbara orden se dio a la señora doña Carmen Noriega que hoy vive. Ella hizo que Febres Cordero se ocultase provisionalmente en casa de doña Gertrudis Coello y de allí fue sacado por mí en la noche y ocultado. El no



quiso salir por tierra sino embarcarse y D. Fernando Urquiaga y yo lo embarcamos por el barranco del Agua Dulce y no en buques extranjeros sino en la escuadra bloqueadora, con la que teníamos frecuentes comunicaciones. De estos hechos hay personas vivas que los conocen a la perfección. Lo mandamos en una canoa de pescadores.

Pedía López Aldana buque por Miraflores; y sin saber lo que pedía. Por Chorrillos había muchas bajadas y regulares embarcaderos y canoas en que se conducía a bordo a los pasados. Riva Agüero se embarcó por Chorrillos y lo embarcó Urquiaga. Si López Aldana ignoraba donde estaban asilados estos oficiales, si nada le decíamos, porque convenía que hubiese el mayor sigilo, ¿por qué escribió exigiendo embarcaciones que nadie pidió? ¿Por qué exigió avisos anticipados para arreglarlo todo, cuando nada tenía que arreglarse? Paz Soldán no tiene datos exactos, las fuentes de donde bebió los suyos fueron muy cenagosas.

En la página 88 copia una carta de Pardo, Prieto y Cía. en la que estos malos noticieros dicen a San Martín que el español, cómico, Roldán, acostumbrado a matar en el teatro con puñales de hoja de lata, se había ofrecido al Virrey para asesinar al General. El escritor de la carta oyó hablar de asesinar a San Martín, no supo quién era el sicario y le aplicó el ofrecimiento al cómico para usar de la figura de que acostumbraba matar con puñales de hoja de lata. Roldán era español; pero de los que sabían vivir y no quería perder la renta de primer actor de ese tiempo. Lejos de ser exaltado, era de los pocos que aparentaban no oponerse a la causa de la Independencia. Sólo en el año de 1824 la creyó desesperada por la revolución de Moyano en los castillos, se pronunció descaradamente y por eso se encerró en el Callao, en donde murió. El rumor tuvo algo de cierto, pero no con relación a Roldán sino con Domínguez, torero español.

Al ver los españoles el progreso que hacían los patriotas se reunieron en el Consulado y celebraron una acta propia de bárbaros. Pusieron precio a la cabeza de los generales y jefes del Ejército Libertador, y por la de San Martín ofrecieron quinientos mil pesos. Hubo comisionados para buscar los asesinos y uno topó con el rejoneador citado. Por la querida de éste supimos los patriotas de lo que se trataba y llegamos a imponernos de que existía el acta. Al ocupar San Martín Lima trató de conseguir el documento original y gracias a la energía con que se procedió, el documento se

obtuvo. De él tomé una copia que perdí y lamentándome de esa pérdida con el señor Dr. D. Manuel Pérez de Tudela, me aseguró que él conservaba una. ¡Ojalá que no esté perdida! El original fue presa de las llamas en el incendio del Ministerio.

San Martín se portó como un caballero, tomó preso a Domínguez cuando se presentó en Huacho, lo alejó del sitio en que se hallaba y le dio después pasaporte y no pude saber si lo usó o no, porque lo perdí de vista y no me acordé más del bárbaro matador de toros, que se comprometió después por dinero a matar a San Martín.

Antes del acuerdo del comercio español para poner talla a la cabeza de San Martín y los jefes, y premiar a los que se pasasen, ya tenía mostrado su odio y encarnizamiento contra los patriotas o insurgentes, como nos llamaban. Reunidos el 9 de octubre de 1820, se obligaron los comerciantes a pagar cantidades a los soldados del Ejército Real, y ese acuerdo fue publicado en un hoja suelta sin designación de imprenta y sin firmas, y repartido en los cuarteles por agentes del comercio y por los mismos comerciantes. Conservo un ejemplar, que mostraré a quien quiera verlo.

En el caso de una acción general ganada a San Martín, se obligaba el comercio a dar al ejército doscientos mil pesos, ofrecimiento insignificante con relación a las ventajas que de ese triunfo debían sacar; ofrecieron treinta mil a los que se apoderasen de una batería, y veinte mil, a los que rompiesen o desarmasen la línea enemiga.

También ofrecieron premios por las embarcaciones de guerra. Por la "Isabel", el "San Martín" o el "Lautaro", cincuenta mil pesos. Si dos de estos buques fuesen tomados 150 mil pesos y si los tres 250,000.

Nada se ofreció por estos buques echados a pique; debían ser tomados y entregados en el Callao a la Marina Real. ¡Estupendo ofrecer! Hago esta relación para que no se confunda por algunos semejante ofrecimiento con el premio o tasa de las cabezas de los patriotas, ofrecimiento que tuvieron muy secreto y que negaron. También hubo otro, obligándose el Virrey a recibir en su clase a los jefes y oficiales que se pasaran, y a premiar a la tropa que se desertase, en proporción a las condiciones con que se hiciera.

Agentes de los enemigos propagaban en los pueblos ocupados por los independientes estos ofrecimientos, y un solo hombre fue seducido. Fue éste el subalterno Melo, natural de Chiloé.



Este Melo, este desertor, fue incansable en tratar de defenderse, no consiguiendo disculparse ni vindicarse del paso que había dado. Incansables fueron esos corruptores en tomar medidas para que otros siguiesen el ejemplo que se les presentaba como noble y heroico. Para esto tuvimos las proclamas que publicó la Gaceta del 3 de diciembre y que fueron copiosamente desparramadas en los pueblos libres. Por un desertor, por un pasado a los españoles, tuvieron los patriotas un batallón, el de "NUMANCIA" y cientos de oficiales y millares de soldados.

Esto fue al principio de la revolución y por desgracia no siguieron a los primeros patriotas los desertores del año de 1824, desertión que agentes enemigos provocaron valiéndose para ello aun de los medios más inmorales.

#### ANOTACION VIII

##### *Errados conceptos del autor sobre el Almirante chileno.*

El señor Paz Soldán trata en su obra, como no podía dejar de hacerlo, del Almirante chileno Lord Cochrane, y lo hace de un modo tan apasionado, que lo pinta, no como historiador, sino como un satírico. De malas con el General San Martín el Almirante, era preciso que el autor no se apasionase, de manera que diese entero crédito a uno, olvidando lo que el otro había hecho. Debíó comparar lo que dicen los dos antagonistas, preguntar después a hombres imparciales lo que había de cierto y cuál era su opinión, para formar cabal criterio y presentar la conducta de ambos como escritor verídico y concienzudo. Y esta tarea era la más segura y realizable, porque antes de la publicación de Paz Soldán, ya habían salido y llegado a ésta las memorias del Almirante, y existen todavía testigos presenciales de esos hechos que tanta gloria produjeron para el Lord inglés, como bienes para Chile y el Perú. Había también otras publicaciones y documentos archivados. El que esto escribe fue sabedor de muchos hechos, y entre las pérdidas sufridas en la emigración del año 24, al ocupar los españoles esta ciudad, es de consideración una caja de papeles que dejó y que fue perdida. Entre estos documentos preciosos eran de sumo interés para la historia, las reclamaciones hechas por los comodores inglés y americano y las contestaciones de Lord Cochrane. Al primero le aplicaba resoluciones tomadas por el Almirantazgo, al responder a los neutrales por sus reclamos en casos idénticos. Y la verdad es que Sir